
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 72:

El reinado y muerte de Acab

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiamos nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 72

EL REINADO Y MUERTE DE ACAB

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 72

Tal vez podríamos pensar que después de lo presenciado en nuestra última lección —cuando fuego descendió del cielo para consumir el altar de Elías el sacrificio, la leña, las piedras y el agua— todos se habrían quedado profundamente impresionados por el poder de Dios. Pensaríamos que ya no quedaría ninguna duda de que Baal no era un dios real, o que ni existe siquiera, y que el Dios de Israel es el único Dios verdadero y soberano del mundo y del universo. También podríamos pensar que nadie se atrevería siquiera a cuestionar ninguna de las acciones del Señor después de esta increíble manifestación del poder de Dios, y de la confiabilidad de su siervo Elías. En esta lección, veremos justo lo contrario. Veremos que no importa lo que uno experimente o presencie en esta vida, si Dios por Su Espíritu no lo santifica o lo bendice, seguiremos endurecidos en nuestros pecados. Esto es lo que le sucedió a Acab y a otros, y esto es también lo que nos puede suceder a nosotros, si la gracia de Dios no lo impide.

Elías asumió un gran riesgo, humanamente hablando, cuando autorizó y llevó a cabo la ejecución de cientos de falsos profetas y profetas de Baal. Leemos en el versículo inicial de 1 Reyes 19 que Elías «había matado a espada a todos los profetas». En el capítulo anterior, leemos que había 400 profetas de Asera que se sentaban a la mesa de Jezabel, y 450 profetas de Baal. No está claro cuántos de cada grupo fueron asesinados; sin embargo, cuando Jezabel se entera por Acab de lo que ha sucedido, se pone completamente furiosa. Jezabel no cree en Dios; es una pagana. Adora a Baal, y Acab también lo hace. Acab sabe dentro de sí que hay un solo Dios verdadero; acababa de presenciarlo. Pero en su vida diaria, él vive, actúa y toma decisiones como si Dios no existiera. Cuando escogió a su esposa, no pidió la guía del Señor. Cuando construyó los lugares altos y los altares para Baal, no le preguntó al Señor si eso era una buena idea; ¡él sabía que no lo era! Que rápidamente se apartaron estas generaciones de la Palabra de Dios. ¿Nos preocupamos de pedirle al Señor su guía y su ayuda en todas nuestras decisiones?

Es probable que, poco después, Acab le haya contado a Jezabel todo lo que sucedió. Jezabel es poderosa, y parece tener mucho control sobre Acab. Tal vez, Acab comienza mencionándole sobre la lluvia: «¡Mira, por fin la sequía se ha acabado después de tres años! ¿Sabes por qué? Bueno, el profeta Elías ofreció un sacrificio a su Dios, y Dios lo aceptó, y envió la lluvia. Eso es bueno, ¿verdad? Bien, pero también pasó algo más...». Y así, probablemente, Acab le cuenta toda la historia, de cómo los profetas de Baal tam-

bién intentaron hacer un sacrificio, pero fracasaron miserablemente, y luego, Elías hizo que los mataran. En su ira, la reina Jezabel envía inmediatamente un mensajero para buscar a Elías, y decirle que ha jurado por sus dioses que él estará muerto en 24 horas. ¿En serio, Jezabel? ¿Tus dioses que no pudieron conseguir nada ese mismo día? ¿Y tú Jezabel, vas a prevalecer contra el Dios de Elías? ¡Qué arrogancia!

Sin embargo, cuando Elías recibe el mensaje, huye de inmediato. Tiene miedo, y está desanimado. Después de todo lo que ha sucedido, parece como si... parece como si Dios, de pronto, lo hubiera abandonado. Vemos que Elías es tan humano como cualquiera de nosotros. Tiene emociones y temores como cualquier otra persona. Recuerda: La fe es un don de Dios. Si Dios nos la niega, quedamos abandonados a nuestras propias pasiones. Solo mira a Pedro: En un momento, está blandiendo una espada contra muchos soldados presentes que podrían haberlo matado, y un momento después, tiene miedo de decir la verdad a una humilde sierva. Así que, no juzguemos a Elías.

Él viaja, probablemente, durante casi dos días, y finalmente llega al territorio de Judá, fuera de la jurisdicción de Acab. Dejando allí a su criado, Elías continúa otro día por el desierto. Reflexionando sobre los acontecimientos de la última semana, él deseaba morir. Nada ha cambiado: Israel no se ha arrepentido de verdad, Acab sigue consintiendo su muerte; todo lo que Elías ve son esfuerzos inútiles. ¡Bien podría estar muerto! Así que, se sienta debajo de un enebro, y se queda dormido. Pero Dios aún no ha terminado con Elías. Le envía un ángel para despertarlo, y darle un poco de comida y bebida. Después de comer, Elías vuelve a acostarse, pero lo despierta por segunda vez, y le dice que vuelva a comer porque largo camino le resta. Y así, Elías viaja 40 días hasta Horeb, milagrosamente fortalecido por la comida.

Después de pasar una noche en una cueva, el Señor se acerca a Elías, y le hace una simple pregunta: «¿Qué haces aquí, Elías?». La mayoría de los comentaristas no creen que esto fuera una reprensión, sino solo una simple pregunta para hacer reflexionar a Elías. Elías dice la verdad: «El pueblo de Israel ha derribado los altares de Jehová, han matado a espada a los profetas; y ha abandonado el pacto del Señor», y Elías piensa que es el único que ha quedado, y que ahora también quieren quitarle la vida. Dios le dice que se ponga en el monte. Ahí hay una tormenta de viento extremadamente fuerte que quebraba las peñas en pedazos, pero Dios no estaba en la tormenta. Luego hay un gran terremoto, pero Dios tampoco estaba en el terremoto. Luego hay fuego, tal vez, relámpagos peligrosos, pero Dios tampoco está en el fuego. Finalmente, hay un silbo apacible y delicado, un silbo tranquilo, un silbo suave y silencioso. A veces necesitamos que se nos recuerde, que no es con ejército, ni con fuerza, sino con el Espíritu del Señor, como dice Zacarías 4:6.

El Señor le pregunta por segunda vez: «¿Qué haces aquí, Elías?». Elías le da la misma respuesta, pero esta vez el Señor le dice: «Ve, vuelve por tu camino, hacia el desierto de Damasco; y llegarás y ungirás a Hazael por rey de Siria; y a Jehú, hijo de

Nimsi, ungirás por rey sobre Israel; y a Eliseo, hijo de Safat, de Abel-mehola, ungirás para que sea profeta en tu lugar. Y acontecerá que el que escape de la espada de Hazael, Jehú lo matará; y el que escape de la espada de Jehú, Eliseo lo matará. Y yo haré que queden en Israel siete mil, todas las rodillas que no se doblaron ante Baal». ¿Lo ves, Elías? El Señor aún no ha terminado contigo. No estás solo, inclusive el Señor proveerá un sucesor para ti con el fin de continuar la obra del Señor.

Mientras tanto, Acab tiene sus propios problemas. El rey de Siria con sus príncipes tributarios sitian a Samaria, exigiendo todo su oro, plata, esposas e hijos. En otras palabras, todo lo que tenga valor, y especialmente aquello que le es más cercano. La respuesta de Acab es básicamente: todo lo que quieras será tuyo. Pero Ben-adad no se contenta con una simple sumisión; en realidad, quiere la posesión. Dice que enviará a sus siervos para que tomen lo que quieran. Acab se da cuenta de que esto ya no es una simple amenaza, por lo que sabiamente consulta a los ancianos de la ciudad. Ellos le dicen que rechace la demanda. La respuesta de Ben-adad es que vendrá con tanta gente que, si cada persona recogiera un puñado de tierra, Samaria desaparecería por completo. Acab le advierte que no se jacte de una victoria antes de que suceda. Como respuesta, Ben-adad ordena a sus hombres que se preparen para la batalla. Y él, con sus reyes o príncipes, continúan bebiendo en su tienda.

Mientras Ben-adad y sus hombres estaban de fiesta, de repente, un profeta aparece ante Acab, y le dice: «Así ha dicho Jehová: ¿Has visto toda esta gran multitud? Yo te la entregaré hoy en tu mano para que conozcas que yo soy Jehová», esto está en 1 Reyes 20:13. ¿Israel merecía este mensaje? ¿Lo merecía Acab? ¿Alguien lo merecía? ¡Ciertamente no! Este es un retrato del evangelio. Dios viene a los pecadores con buenas noticias: La salvación solo se encuentra en Dios a través de la obra de Jesucristo. Dios nos da la salvación para que nosotros conozcamos que Él es el Señor. Acab le hace algunas preguntas al profeta. «¿Quién hará esto?». «Tus hombres jóvenes», le responde. «¿Y quién va a liderar esta batalla?»; «Tú mismo».

Acab le cree al profeta, y reúne un ejército que se presume que está compuesto por jóvenes guerreros e inexpertos. Es un ejército pequeño, de aproximadamente unos 7,000 en total. Los sirios los ven venir, y Ben-adad en su arrogancia dice: «Captúrenlos vivos, ya sea que vengan para hacer la paz o para pelear». No prevé ninguna batalla en absoluto. Pero, los israelitas salen victoriosos y derrotan a los sirios, y Ben-adad tiene que huir a caballo. Vemos la poderosa mano de Dios obrando aquí. Esta victoria no es nada menos que un milagro.

Luego viene el profeta, y le dice a Acab que esto aún no ha terminado, ya que ellos regresarán en un año, así que debes estar preparado. Efectivamente, al año siguiente los sirios regresan para pelear. Ellos atribuyen la victoria de Israel a la posibilidad de que su «dios» puede ser un dios de los montes, y que por eso ganaron. Pero, como los sirios tienen dioses de las llanuras, allí es donde se librará la próxima batalla. La descripción

de los dos ejércitos es de un extremo contraste: Israel parece dos pequeños rebaños de cabras en comparación con el vasto ejército de los sirios. Leemos en 1 Reyes 20:28: «Acercándose entonces el varón de Dios al rey de Israel, le habló diciendo: Así dijo Jehová: Por cuanto los sirios han dicho: Jehová es Dios de los montes, no Dios de los valles, yo entregaré toda esta gran multitud en tu mano, para que conozcáis que yo soy Jehová». Nuevamente vemos la misericordia de Dios. Ellos no merecían la ayuda de Dios, pero Dios está dispuesto a mostrar Su gracia para preservar la gloria de Su Nombre.

La victoria de Israel es abrumadora. El enemigo pierde más de 100,000 hombres, y se ven obligados a huir. Los reyes y los príncipes se esconden, pero sus siervos tienen una idea: «¿Qué tal si se rinden? Hemos oído que los reyes de la casa de Israel son reyes clementes. Tal vez nos perdonen la vida». Así que, eso es lo que hacen: Se visten de saco, y se ponen sogas alrededor de sus cabezas para mostrar una completa rendición. ¡Y funcionó! Acab no sólo les perdona la vida, sino que también llama a Ben-adad «hermano». ¿Es en serio? ¿El que iba a quitarte todo tu oro, tu plata, tus esposas y tus hijos? ¡Este era un enemigo que se suponía que debía ser destruido! Ben-adad le dice a Acab que le devolverá las ciudades que habían sido capturadas, e incluso le reservará algunos lugares en Damasco para él. Acab acepta estas condiciones, y lo deja ir. Pero ese no es el final.

Dios le envía otro profeta. Él va a usar una ilustración para llevarle el mensaje de Dios. Primero, en el nombre del Señor, le pide a alguien que lo golpee, a lo que esa persona se niega a hacerlo. El profeta le dice que, debido a que se negó a escuchar la palabra del Señor, un león lo mataría, y eso es exactamente lo que sucede. Le repite la orden a otro hombre, quien le dio un golpe, y le hizo una herida. Luego, el profeta se disfraza y espera a Acab. Le dice que estuvo a cargo de un prisionero de guerra; y que perderlo le costaría la vida o un talento de plata. Le dice que estaba ocupado con otras cosas, y que, de alguna manera, el prisionero escapó. «Bueno —le dice Acab— acabas de escribir tu propia sentencia». El profeta se quita el disfraz, y dice que la parábola era sobre Acab, refiriéndose a Ben-adad. Ahora, él dice: «Tu vida será por la suya y tu pueblo por el suyo». Lo que comenzó como una alegre victoria, se ha convertido en una sentencia de muerte. Acab regresa a casa con un corazón entristecido.

Aprenderemos más sobre el carácter de Acab y su esposa Jezabel en el capítulo siguiente. Acab tenía un palacio de verano en Jezreel, y muy cerca de él había una viña, propiedad de un hombre llamado Nabot. Acab piensa que esto sería un huerto muy bueno para él, por lo que se acerca a Nabot para comprarla. Le dice que le dará una viña mejor o incluso dinero como compensación. Después de todo, Acab es el rey, nadie debería rechazarlo, pero... Nabot lo hace, alegando que viola la ley mosaica sobre la propiedad y la herencia, por lo que esta viña debe permanecer en la familia. Acab regresa a casa como un adolescente malcriado, negándose incluso a comer porque no

consiguió lo que quería. Jezabel, al ver a Acab en ese estado, le pregunta qué le pasa. Acab le cuenta todo, y Jezabel le dice: «No te preocupes, yo te conseguiré la viña».

Su plan es cruel y blasfemo. Ella escribe una carta acusando a Nabot de blasfemar contra Dios y contra el rey, elige a hombres malvados para que den falso testimonio contra Nabot, hace que se lleve a cabo un juicio y Nabot es declarado culpable, y apedreado hasta la muerte. De manera triunfante, Jezabel le dice a Acab que Nabot está muerto y que ahora puede quedarse con la viña. Acab no quiere hacer ninguna pregunta, excepto de si Nabot está realmente muerto, y luego toma posesión de la viña.

Parece que todo está bien, pero recuerda, Dios también lo ve todo. Él envía a Elías a encontrarse con Acab en su nueva viña para darle un mensaje, y no son buenas noticias para Acab. Leemos los detalles en 1 Reyes 21:19: «Así ha dicho Jehová: ¿No mataste y también has tomado posesión? Y le hablarás diciendo: Así ha dicho Jehová: En el lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre». ¿Cómo reacciona Acab? ¿Acaso se arrepiente? ¿Reconoce su culpa? No, sino que llama a Elías su enemigo. Elías continúa, y le dice que él y su familia serán completamente destruidos debido a los pecados que cometieron él y su malvada esposa. Es sólo entonces que Acab se arrepiente después de regresar a casa. Ayuna, se viste de saco, y anduvo humillado. El Señor le dice a Elías que, debido a su arrepentimiento, Dios no llevará a cabo todos estos juicios en su vida.

Josafat, el rey de Judá, se hizo cercano a Acab, el rey de Israel. Tan cercano que cuando Acab le preguntó si Josafat se uniría a él en la batalla contra los sirios, Josafat dijo que eran como uno sólo, pero que primero preguntarán al Señor a través de los profetas. Acab consulta a sus falsos profetas, y ellos le dicen: «Ve, que saldrás victorioso». Pero Josafat quiere escuchar a un verdadero profeta: «¿No hay un profeta de Jehová?». «Oh, claro, —dice Acab— pero lo odio porque nunca dice nada bueno que yo quiera escuchar». Pero Josafat insiste, y traen ante ellos al profeta Micaías. Al principio, el profeta Micaías les dice que suban y que el enemigo será entregado en sus manos, pero Acab le advierte que sólo diga la verdad. Micaías, entonces, les dice que serán como un rebaño sin pastor, y continúa diciendo que el Señor permitió que un espíritu engañara a Acab a través de los falsos profetas. Acab se enfurece, y ordena que Micaías sea encarcelado hasta que él regrese en paz de la batalla. Micaías responde que, si eso sucede, entonces todo lo que dijo no era cierto y quiere que todos lo sepan: que el rey Acab no regresará con vida.

Acab se disfraza, y entra en batalla. Los sirios tienen una orden: «Sólo vayan contra el rey de Israel, ni siquiera se molesten en pelear con nadie más». Ellos ven a Josafat, y piensan que es Acab. Josafat clama al Señor por ayuda, y ellos se dan cuenta de que no es Acab, y siguen adelante. Uno de los soldados sirios dispara al azar una flecha al aire, o eso parece. Esta flecha fue dirigida por Dios para herir a Acab. Leemos el final de la vida y el reinado de Acab en 1 Reyes 22:37-38: «Y murió el rey y fue llevado a Samaria,

y sepultaron al rey en Samaria. Y lavaron el carro en el estanque de Samaria, y los perros lamieron su sangre conforme a la palabra que Jehová había hablado». Una vez más, vemos que el pecado no queda impune. También hemos visto la paciencia, la misericordia y la longanimidad de Dios. Este es un ejemplo más que nos muestra que la Palabra de Dios ciertamente se cumplirá. Que estos relatos sean bendecidos para la salvación de nuestras almas, y que también podamos aplicar estas lecciones a nuestra vida diaria.